

## SEÑORA FEA COLOMBIA

Por: **Laura García**



**Abstract.** Colombia takes offense when some film of Hollywood speech of antioqueño narcotics traffickers; it is altered when the other countries demand visa to them to the Colombians; it launches patriotic campaigns; it is let invade by leaders who think that there is to give simple things to the town because it is a simple town; it is resigned before the bad governors because no longer there is nothing to do; it declares unpatriotic to that he is critical with the system that has cultivated from the conquest (...). It is pure inferiority complex that usually ends at social-climbing, chauvinism or resentment.

**Resumen.** Colombia se ofende cuando alguna película de Hollywood habla de narcotraficantes antioqueños; se altera cuando los demás países les exigen visa a los colombianos; emprende campañas patrioteras; se deja invadir por líderes que piensan que hay que darle cosas simples al pueblo porque es un pueblo simple; se resigna ante los malos gobernantes porque ya no hay nada por hacer; declara antipatriota a todo el que sea crítico con el sistema que ha cultivado desde la conquista (...). Es puro complejo de inferioridad que usualmente desemboca en arribismo, en chauvinismo o en resentimiento.

**Palabra clave.** Guerra, violencia, telenovelas, narcotráfico, guerrillas, paramilitares, corrupción, chauvinismo, patriotas.

Presentación.

Después de mi [último texto](#) en este blog me llegaron cientos de correos electrónicos (nuevamente mentándome el oficio que por lo demás mi mamá nunca ha ejercido) de lectores furibundos que me reclamaban, entre otras cosas, mi falta de “responsabilidad” [sic] y “sensatez” [sic] a la hora de hablar sobre Colombia.

Si bien no pude contestar a todos los que me escribieron, sí pude leer todos sus correos y la mayoría reafirmaron una idea que tengo desde hace tiempo: (casi) nada más chauvinista y patriotero que un colombiano. No quiero meterlos a todos en el mismo saco, menos si somos cuarenta y tantos millones de almas dentro y fuera esta tierra bendecida, principalmente, con mangos biches y plátanos fritos; tampoco voy a decir que este país carece de sentido de autocritica sólo por un puñado de correos. Pero hablemos de tendencias: los colombianos tienden a hacer una defensa a ultranza del país recurriendo a la negación casi absoluta de la realidad. O algo peor: a maquillarla.

Entonces se me vino a la mente “Cosas que pasan en Colombia”, un artículo de Ricardo Silva Romero que leí hace unos meses en su sitio y cabe mencionar ahora algo de lo que allí dice:

*Cuatro: Complejo de inferioridad: Colombia se ofende por todo como una señorita fea: pone el grito en el cielo cuando alguna película de Hollywood habla de narcotraficantes antioqueños; se altera profundamente cuando los demás países les exigen visa a los colombianos; emprende campañas épicas para que los demás países la quieran como la quinceañera barrosa que quiere caerles bien a los más populares del colegio; se deja invadir por líderes que piensan que hay que darle cosas simples al pueblo porque es un pueblo simple; se resigna ante los malos gobernantes porque ya no hay nada por hacer; declara antipatriota a todo el que sea crítico con el sistema que ha*

*cultivado desde la conquista(...). Es puro complejo de inferioridad. Pura vergüenza porque sí que usualmente desemboca en arribismo, en chauvinismo o en resentimiento.*

No sólo suscribo lo que dice Ricardo sino que día a día lo voy comprobando. Sospecho que los colombianos fueron infectados por un mal de caudillo, y de ahí viene que Colombia se la pase en eso: en buscarle la “cara bella” a todo, en buscar el lado “positivo”, viendo el “vaso medio lleno”. ¿No han notado la demanda diaria de embajadores para todo? Sí, los colombianos están pendientes de quienes “dejan en alto el nombre del país”, porque en el fondo sabemos que tenemos el “nombre” por los suelos. Y ese tremendo maquillaje de estrellas que nos “representan”, no sana las heridas del rostro deforme de Colombia. Si mucho las tapa un poquito y usando la fuerza.

En este país sobran los esfuerzos hacia el *carapositivismo* y falta un pensamiento crítico. No sé quién dijo que criticar era malo. No sé quién dijo que hablar y debatir sobre narcotráfico, guerrillas, paramilitares, corrupción, era un crimen contra la patria. Pero eso parece. No puedo reproducirlos todos aquí, pero muchos de los correos que me llegaron me enrostraban eso: mi falta de sutileza para hablar de Colombia, mi falta de tino para hablar, por ejemplo, de lo que son las telenovelas colombianas del último tiempo. Un lector incluso me disparó el famoso “la ropa sucia se lava en casa”-.

Lo peor de todo es que tantos esfuerzos por mostrar esa “Colombia positiva” (por ahí también me hablaron del famoso proyecto “Colombia es pasión”) se van enrollados al mismísimo tacho de la basura, porque les tengo una noticia: el mundo todavía desconfía de nosotros. Todavía nos miran feo cuando vamos a pedir una visa; todavía nos piden certificado de antecedentes judiciales para cualquier trámite por mínimo que sea; todavía nos registran con reticencia en las aduanas de todos los aeropuertos y pasos fronterizos. Todavía.

Si seguimos la lógica del *carapositivismo* colombiano, nos vamos a dar cuenta de que – aunque se revuelquen los ultra defensores de la sagrada patria – lo mejor de Colombia en muchísimos campos ha nacido de nuestra experiencia

con la violencia, el narcotráfico, la corrupción, los vicios y barbaridades que suceden en este país. Nuestras mejores construcciones se han cimentado en las pocas miradas críticas a nuestras propias destrucciones. Ejemplos sobran y por mencionar sólo uno hablaré del periodismo: en Colombia se ha desarrollado con excelencia un tipo de periodismo que sólo se da en unos pocos lugares del mundo. En Colombia hay cronistas de lujo y voy a nombrar uno nada más: Alberto Salcedo Ramos, barranquillero. Si nos imagináramos un Olimpo del periodismo, las crónicas de Alberto están al lado de otras crónicas de grandes periodistas, como las del maestro Jon Lee Anderson, por ejemplo. Y Alberto es el ejemplo perfecto, porque además de haber contado historias que giran en torno a nuestro folclor y las tradiciones de la costa norte colombiana, también ha contado con maestría historias cuyo tema central proviene de los conflictos del país.

Columnistas como Antonio Caballero, por mencionar también uno solo, periodistas como Rodrigo Pardo o Daniel Coronell, o revistas jugadas como *Cambio* – y miren cómo terminó –, no son producto del azar, todos ellos han diagnosticado las mismas metástasis que yo, sin barrerlas bajo la alfombra *carapositiva*.

La razón de citar y recalcar estos ejemplos es precisamente demostrar lo absurdos que pueden llegar a ser los colombianos con sus pulseritas de la bandera. Esa ceguera recalcitrante que les impide decir las cosas como son. Esa incapacidad de mirar hacia el país enfermo, corrupto, violento, mafioso, de señalarlo y reconocerlo. Ni siquiera se trata del miedo a meter el dedo en la herida, se trata de física pereza a pensar. Es más fácil salir a enumerar la manida lista de nuestras bondades que reflexionar sobre uno solo de nuestros males.

A pesar de tantas transformaciones y cambios que ha vivido Colombia en estos últimos años, yo sigo leyendo y escuchando noticias de muertes, de asesinatos, de políticos corruptos que no se van por nada de este mundo de sus puestos, de candidatos nefastos con mañas de capataz que peligrosamente se acercan al poder mayo. A pesar de tantos años fuera, las

noticias son las mismas que yo escuchaba en mi niñez, pero con otros nombres, con renovados protagonistas... Por lo tanto la raíz de nuestras miserias sigue ahí.

Colombia es, en el fondo, la misma de siempre, ese país que da un paso hacia adelante y dos hacia atrás. Esa señora fea y enferma que se niega a mirarse en el espejo, que se niega a escuchar diagnósticos porque le hablan inevitablemente de su enfermedad. Y no se confundan con las palabras de este artículo. Vale aclarar que, aún así, yo deseo un día poder darle de nuevo la mano a esa señora fea y enferma.

### ***Malditas telenovelas***

**Por: Laura García**



Hace unas semanas escribí un artículo que titulé 'La letra con sangre...', en el que hablé de algunas de las obras colombianas cuyo tema central es la violencia del país en cualquiera de sus manifestaciones y desde muchos puntos de vista: sicarios, narcotráfico, la violencia posterior a la muerte de Gaitán, etc.

Un buen amigo, no colombiano, hizo distribución del enlace de mi blog entre sus contactos y en respuesta le llegaron muchos otros enlaces que él a su vez

me envió. Y todos esos enlaces me remitían bien fuera a páginas o a blogs de diarios colombianos, en los que se hacían enfurecidas críticas a lo que ‘nuestra televisión’ les muestra, y arreciaban puntualmente en contra de ‘Rosario Tijeras’. Luego, varios amigos me pusieron al corriente de la polémica en general y me enviaron más enlaces con más descargos y argumentaciones de espectadores furibundos, y a eso se sumaron los correos de muchos lectores de este blog que me contaron, con profundo sentimiento de agravio, el momento que vive la televisión colombiana.

El pueblo enfurecido criticaba, según lo que leí, que ‘la educación que se le da a nuestros niños y jóvenes’ a través de la televisión es inapropiada. Madres abnegadas clamaron justicia porque sus niños les preguntaron sobre el eslogan de la telenovela Rosario Tijeras, ‘amar es más difícil que matar’ y que cómo le iban a explicar a sus infantes esa barbaridad. Y, por lo que leí en el editorial de El Espectador del día 12 de Marzo de 2010, también algunos patrocinadores se bajaron debido a estas críticas.

No voy a entrar a discutir la calidad de las telenovelas que se presentan en Colombia porque he visto pocas, tengo mala memoria y no me acuerdo ni de las más famosas, y tampoco he visto ‘Rosario Tijeras’, la telenovela que encendió las supuestas alarmas recientemente y que tengo entendido goza de un rating muy bueno. Pero supongamos por un instante que sí, que nuestros pobres infantes colombianos, el futuro de Colombia, se están educando en una televisión que emite programas que sólo les muestran la cara mala, fea, horrible de nuestro amado y bello país regado por dos océanos y etc.

Permítanme una apreciación al respecto: no hablemos basura. La televisión colombiana ha tenido, sin duda, programas culturales y educativos muy buenos con unos ratings de miseria o por lo menos mucho más bajos que el rating de las telenovelas de las ocho de la tarde (las daban a las ocho en otros tiempos, ¿verdad?).

Pero recordemos que un día la televisión, como todo en esta vida, cambió. Hace mucho rato comenzamos a vivir el tiempo en que las historias son lo de

menos y la calidad del contenido fue reemplazado por la forma: el tipo de galán, el tipo de protagonista femenina, es mucho más importante, aunque no actúen muy bien. Por supuesto, también en cierto momento llegó el destape.

Cosas que antes eran impensadas como un desnudo, o una escena de sexo, o de violencia, se deslizaron en los libretos y hoy llegamos a un punto en el que es impensable una telenovela sin sus respectivas escenas de sexo. Y eso está bien, porque el sexo existe, es real, los humanos lo practican, es parte de la vida y de la rutina de las personas, y hasta donde yo sé todos los que vemos televisión somos personas. Y está bien que el eslogan de 'Rosario Tijeras' haya sido esa frase del libro, 'Amar es más difícil que matar', porque se aplica muy bien a Colombia un país que siempre ha sabido mejor de matar que de amar.

Nuestros tiernos infantes atacados inmisericordemente por lo que los adultos avalan con buenas dosis de sintonía, no serán ajenos a la realidad violenta del país. Hay que ser muy cartucho y muy pacato (y parece que Colombia está lleno de eso, de cartuchismo y pacatería) para creer que poniendo un par de gritos en el cielo vamos a borrar lo que nosotros mismos hemos creado. ¿O qué pensaban? ¿Que los sicarios nacen de la tierra y los manda el demonio?

Pues no; son el resultado de una sociedad que siempre ha estado enferma de violencia y de rabia. De una sociedad que se toma la justicia por su propia mano y avala con años y años de gobiernos nefastos la educación paupérrima que reciben nuestros niños y jóvenes, pero no en la televisión, sino en la escuela y en la vida. Y no se debe olvidar que una parte no menor de esa sociedad también ambicionó – y ambiciona – lucrarse con el negocio del narcotráfico e hizo – y hace – cosas para lograrlo.

De niña fui testigo del escándalo que causó un presidente procesado por financiar su campaña con dineros provenientes del narcotráfico. Y nadie puede echarle la culpa a una telenovela de que a mí y a los de mi generación nos quedaran grabados en la memoria actos de corrupción asquerosos: bastaba con ver el noticiero que no estaba – y sospecho que no está – censurado para 'los-niños-el-futuro-del-país'.

Aquí es otro el problema: es esa creencia de que la televisión 'educa'. Nadie se sienta a ver televisión para 'educarse'. La televisión es un mecanismo de entretención. En la rutina diaria de una familia, la televisión es eso: entretención. Al mediodía se ven las noticias y una telenovela. En las noches se ven las noticias y alguna telenovela. Se ven películas, programas de humor, de chismes. En toda Latinoamérica la televisión ha adoptado el formato de programas 'matinales', que apuntan principalmente al segmento de las amas de casa y a quienes no trabajan en las mañanas. Y todos tienen buen nivel de rating. Porque la televisión es eso: entretención, aunque muchos para paliar la vergüenza digan que son fanáticos del Discovery Channel.

Por otro lado, algunos padres preocupados por lo que sus niños leen, ven en televisión y navegan en internet, ejercen controles sobre los contenidos. Creo que todos alguna vez en nuestra infancia vivimos momentos de censura materna o paterna. 'La niña no debería ver la telenovela', le decía mi abuelo a mi mamá, por ejemplo. Y esa preocupación está muy bien y me parece muy responsable, pero nada de lo que buenamente nos quisieron esconder de niños duró mucho rato. Lamento informarles que la inocencia se pierde cada vez a más temprana edad y por mucho que de chiquitos nos taparon los ojos para que no viéramos, y nos pusieron tapones en los oídos para que no escucháramos, todos los niños colombianos de mi generación, y nací en 1985, sabemos qué es la violencia, qué es la guerra, qué es la guerrilla.

Sabemos que en la historia de este país el narcotráfico y sus historias son reales y que esa realidad supera toda ficción. Y por respeto a los que vienen detrás se debe dejar la mojigatería y hablar las cosas como son: este país tiene tantas heridas como víctimas de la violencia y tantos males como guerrilleros y políticos hay. Y entre guerrillas, paramilitares, narcotraficantes, sicarios y políticos se ha construido la historia. Mala suerte nomás: nos tocó nacer en un país plagado de ciertas lacras y esconderlo no es la solución.

Y de todos los niños que vienen detrás, esos que ustedes ven corriendo por ahí, jugando y bailoteando, una buena parte serán, lamentablemente, hampones y sicarios y matones (y no lo digo por pesimista, que lo soy, sino

por realista, porque es pan de cada día). Y confío en que otra buena parte estará conformada por aquellos que nos criticarán y nos enrostrarán a nosotros, las generaciones anteriores, nuestra dejadez, nuestra falta de tino, la cobardía, la negligencia. Y, por supuesto, confío en que, mirando la cantidad de errores y metidas de pata que nos mandamos, ellos harán las cosas de mejor forma y con mejores resultados. En todo caso algo queda claro: nada de lo que hagan o dejen de hacer los niños colombianos en un futuro será culpa de una telenovela. Menos de una telenovela basada en una obra literaria.

En mi infancia tuve un deporte favorito que afortunadamente me dejaron practicar: yo coleccionaba los casquetes de bala que caían en las noches al patio de la casa de mis abuelos, en donde nació y me crié. Porque en las noches siempre 'quebraban' a alguno. Al día siguiente ponía todos los casquetes juntitos de mayor a menor según el tamaño en la biblioteca, como si fueran una colección de figuritas. Y cada vez que un colombiano se empeña en no ver lo evidente, me acuerdo de mi colección de casquetes.

En una sociedad como la colombiana, hacerse el de la vista gorda también es un crimen. Y enseñarles a los niños a que se hagan los de la vista gorda en lugar de explicarles las cosas, es un crimen peor. Y un día ya no van a quedar telenovelas para echarles la culpa.